



LA MAESTRA Y EL NOBEL -

BEATRIZ PARGA

“La que me enseñó a leer era una maestra muy bella, muy graciosa, muy inteligente, que me inculcó el gusto de ir a la escuela sólo por verla”.

Gabriel García Márquez

*El olor de la guayaba*

Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza

### *Un universo extraordinario*

El mundo parecía retumbar como si una estampida de elefantes se acercara haciendo temblar la tierra bajo las botitas del niño y los enormes zapatos brillantes de su abuelo, un viejo alto con una boina de cuadros y traje de lino blanco.

—Papalelo, ya viene... ¡La tierra se está moviendo! ¡Mira mis pies! ¿También lo sientes? —exclamó el niño.

—Sí, Gabito, lo siento... Pero lo voy a sentir más si esta vez no viene lo que hace tanto tiempo espero —respondió el anciano mirando hacia la lejanía, donde el gigante de metal ya anticipaba su proximidad en medio de una fumarola espesa y gris.

El niño, de cinco años, salía a diario con el abuelo a esperar al ruidoso gigante que siempre llegaba cargado de sorpresas, pero nunca traía lo que tanto esperaba el venerable anciano, siempre confiado en que algún día se produciría el milagro y, en el momento menos esperado, llegaría en el correo su anhelada pensión de veterano de la Guerra de los Mil Días.

Por fin apareció el tren, inmenso, colosal, envuelto en una espesa cortina de humo. A medida que se fue acercando, todos los espacios quedaron impregnados de un penetrante olor a aceite quemado. Resoplaba como un toro embravecido antes de hacer notar su presencia con un potente silbato. Minutos después se detuvo con un estridente chirrido metálico antes de que por las puertas surgiera una colorida multitud que parecía desorientada y ansiosa por explorar un nuevo mundo.

—Más forasteros... Nadie los invita, pero siguen llegando —se quejó el anciano visiblemente molesto.

El niño, en cambio, parecía fascinado mirando la variedad de personajes que descendían de los vagones: ejecutivos americanos con trajes de impecable lino blanco, aventureros europeos en busca de fortuna, ruidosos gitanos vestidos con ropas coloridas, además de la permanente caravana de mercaderes turcos con su preciosa carga de finísimas sedas, manteles bordados en lino y objetos exóticos.

—Papá, qué viaje más largo. Pensé que nunca llegaríamos... No sé por qué escogiste venir a este lugar tan lejano —protestó una joven norteamericana de pelo rojo que vestía un traje demasiado cubierto para el caluroso clima.

—No te quejes, hija. Aquí al menos hay trabajo y dinero. En medio de la crisis económica que se avecina en el mundo, antes de salir de Nueva York me enteré del cierre de un nuevo banco —explicó el hombre, un norteamericano robusto, de grandes bigotes y sombrero alón. Tenía una imponente presencia, con su traje con saco de doble abotonadura y corbatín. En el pecho sobresalía la cadena de su reloj de bolsillo y sobre el ojo derecho llevaba un monóculo enmarcado en oro.

Atrás del norteamericano descendieron varios europeos con cara de cansancio.

—Pronto se sentirán como en casa —intervino un turco con cara de conocedor de la región—. Aparte, esta lejanía se ha convertido en el mejor aliado de mis negocios. Yo aquí vendo desde vajillas inglesas hasta camisas filipinas y perfumes franceses. No se preocupen, aquí la van a pasar muy bien, y pronto ustedes también serán mis clientes —predijo con una sonrisa de bienvenida.

El abuelo y su nieto seguían de pie, a un lado de la estación, mirando con curiosidad a los pasajeros del tren. De pronto el niño pareció divisar algo especial.

—Papalelo, mira. Ahí viene el cartero —dijo con una seriedad poco común en un niño de su edad.

—¿Tiene algo para mí? —preguntó el viejo.

El hombre revisó la correspondencia que llevaba en las manos. Eran más de cincuenta sobres, de distintos tamaños y colores. Alguno con aroma de rosas, otros escritos con letras disparejas. El cartero sabía qué era lo que el viejo esperaba, y su respuesta fue la de siempre.

—Lo siento, coronel. No tengo nada para usted.

El niño había presentido esa respuesta camino a la estación, cuando pasaron frente a la ventana de la mujer más bella que había visto en su vida. Se llamaba Rosa, vivía en la cuadra frente a la casa de sus abuelos y a partir del lunes siguiente sería su maestra. Aparte de bella, la joven vecina visitaba con frecuencia a sus tías y en las tardes parecía desafiar los fantasmas cuando le contaba cuentos. Cada día, camino a la estación, Gabito, el nieto adorado del coronel, miraba furtivamente a la ventana esperando ver a la joven que se parecía a las princesas de los cuentos que sus tías le contaban.

El viejo observaba la curiosidad del niño, pero nunca dijo nada. Prefería concentrarse en la narración de las historias sobre su glorioso pasado en la guerra, en la que por su valentía le dieron el rango de coronel. En silencio, el niño escuchaba atentamente mientras dibujaba en su mente las imágenes de ese héroe que era su abuelo. Todas las mañanas, antes del mediodía, el viejo y el niño

salían a caminar juntos. Desde hace tiempo se cubrían la cabeza con sendas boinas de cuadros, que coordinaban instantes antes de su paseo matutino. Algunos en el pueblo se preguntaban a dónde se dirigían cada mañana. Solamente el niño y el viejo lo sabían: la anhelada pensión del viejo llegaría un día. El sol empezaba a colocarse en lo más alto, cuando al mirar hacia el tren, el niño vio algo que le iluminó la mirada.

—Papalelo, mira... ¡Los gitanos! ¡Han vuelto los gitanos! —exclamó con emoción.

—Ya los veo, Gabito. Pero baja la voz —dijo el viejo mirando con desgano a los recién llegados, entre los que se destacaba un grupo de acróbatas, trapeceistas, contorsionistas, titiriteros y payasos que bajaron del tren con gran fanfarria. Gabito sonreía mirando con curiosidad a un anciano flaco que halaba de una cuerda a un viejo tigre al que le faltaban los dientes; otros hombres exhibían dos monos y un ternero con dos cabezas.

—Mira, Papalelo, ¡mira!

—Gabito, no perdamos más tiempo... Recuerda que me habías dicho que hoy es un día muy importante su nieto con el único ojo que veía detrás de los gruesos lentes oscuros que llevaba.

Gabito pareció volver a la realidad.

—Sí, Papalelo, vamos. ¡Hoy es un día muy importante! Se está haciendo tarde, ¡vamos a ver a mi maestra!

\*\*\*

Rosa Fergusson se asomó a la ventana de su casa, sobre la avenida principal de Aracataca. Instantes después, sus dos hermanas, Isabel y Altagracia, se unieron a ella para ver pasar a los recién llegados. En cierta forma, las tres jovencitas acostumbraban espantar la monotonía con el descubrimiento de nuevas caras entre los forasteros que llegaban cada día en el tren.

—¡Qué barbaridad! Sigue llegando gente en el tren.

Ya en este pueblo no cabe ni un alfiler —dijo Isabel con preocupación en la voz y apresurando a sus hermanas para salir a cumplir un gran compromiso en la plaza del pueblo.

Eran tiempos de crisis en la economía del mundo y mientras el trabajo escaseaba en todas partes, en contraste, en esa población perdida en el mapa abundaba el dinero con la bonanza de los cultivos y la exportación de banano de la United Fruit Company, empresa norteamericana que llegó a la región a principios del siglo XX, transformando el modesto caserío en una población pujante.

A Rosa le habían dicho mil veces que era la mujer más bella del pueblo. Aracataca, el nombre real de esa población vecina al mar Caribe, con techos de zinc que brillaban bajo infinitos cielos azules y sonaban como tambores cuando aparecían las lluvias descomunales. Éste era un lugar fantástico en el que de noche despertaban los espíritus y bajo la luz de la luna se perfilaban las sombras de brujas y fantasmas que parecían cobrar vida con el vaivén de las sillas mecedoras, donde los habitantes del pueblo se sentaban a compartir con sus vecinos historias de apariciones de ultratumba, duendes y seres escalofriantes. Pero mientras la maestra disfrutaba las historias extraordinarias que cubrían la noche con un manto de misterio, a Gabito esos fantasmas le impedían conciliar el sueño cuando intentaba acomodarse en su vieja cama de madera chirriante.

El pueblo quedaba envuelto en un manto de silencio hasta la salida del sol, cuando todos despertaban con el canto de los gallos y el aroma del café recién colado. Aracataca volvía a cobrar vida y parecía regresar a la normalidad hasta que, antes del mediodía, empezaba a trepidar la tierra y en medio de una estruendosa estampida, como en un acto de magia, surgía la enorme locomotora bufando sobre la carrilera del tren.

Rosa había visto crecer ese pueblo, y conocía a la mayoría de sus habitantes. Bella y popular en toda la región, desbordaba felicidad; su pelo castaño caía en ondas

sobre la espalda y su esbelta figura se realzaba en un traje de seda blanco que ella misma había confeccionado con la ayuda de su mamá y sus dos hermanas, todas llevando lo mejor de sus roperos y hasta estrenando zapatos de tacón. Vestidas como para una gran ocasión la madre y sus tres hijas parecían modelos de una postal parisina cuando, poco después del mediodía, salieron a la calle acompañadas por su papá, don Pedro Fergusson Christoffel, y su hermano Manuel, un adolescente serio y tranquilo vestido de saco y corbata, tal y como correspondía a la importancia del momento.

Faltaban pocos minutos para el acontecimiento que tenía a todos los habitantes del pueblo en movimiento, desplazándose rápidamente para presenciar la ceremonia de coronación de la Reina del Carnaval. En cuestión de minutos la plaza principal se fue llenando de hombres, mujeres y niños que iban rodeando la tarima donde ya se encontraba el alcalde, un hombre alto y delgado, de bigotes rectos, pelo engominado y cejas angulares, que saludaba a diestra y siniestra con habilidad de político experimentado. El sudor caía sobre las frentes de la concurrencia a pesar de la abundancia de sombrillas de colores que llevaban las damas, dándole a la escena un aspecto pintoresco. En medio de todo ese mar humano que celebraba a su reina, varios niños porfiaban por acercarse a “la señorita Rosa”, que muy pronto se estrenaría como su maestra. No podían faltar los notables del pueblo, entre los que se destacaban el coronel Nicolás Márquez y su esposa, doña Tranquilina Iguarán, con las tías Elvira, Sara y Francisca, quien llevaba de la mano al pequeño Gabito, un niño de porte tranquilo y mirada inocente que desbordaba de orgullo al ver a Rosa acaparando la atención de todo el pueblo.

Rosa había conocido a Gabito poco después de su nacimiento, en una de sus vacaciones, cuando estudiaba en la Normal de Santa Marta.

Una tarde que hacía mucho calor y la joven salió a la calle buscando la refrescante sombra del almendro que crecía frente a su casa, se enteró por sus vecinas del alumbramiento de Luisa, la hija mayor del coronel. Feliz

con el acontecimiento, Rosa fue a felicitar a la joven madre. Siempre diría que desde el primer momento el bebé la impactó profundamente y con el paso de los años el impacto sería mutuo.

La multitud aplaudió con entusiasmo mientras se escuchaban vivas a “Rosa, Rosa, Rosa”, antes de desatarse un estruendoso concierto de acordeones, guacharacas y clarinetes, acompañados por el redoble de tambores de la banda local. El alcalde tomó la corona que descansaba sobre una mesa cubierta con un blanquísimo mantel, y con gran solemnidad la colocó ceremoniosamente sobre la cabeza de la bella jovencita, quien sonreía majestuosamente convertida en el centro de todas las miradas.

—Buenas tardes, señoras y señores. Todos ustedes, los habitantes de este pueblo progresista, me conocen. Soy Florido Pérez, alcalde de Aracataca. El único alcalde que ha tenido este pueblo a lo largo de las dos últimas décadas. Hoy estoy con ustedes para una gran celebración: la coronación de la Reina del Carnaval. Nuestra bellísima representante de las mujeres hermosas de esta región, Rosa Fergusson, es un orgullo para todos y hoy la estamos coronando por segunda vez como soberana de esta gran ocasión que tanto disfrutamos. ¡Que viva Rosa Fergusson! ¡Que viva el carnaval!

El público celebró la noticia con entusiasmo. Los aplausos parecían no tener fin. Entonces la reina hizo un suave gesto con la mano.

—Como representante de la belleza de la mujer de esta región, agradezco esta corona con una mezcla de humildad y orgullo. Es un honor muy grande. Pero además quiero aprovechar esta oportunidad para invitarlos a que lleven a sus niños al Montessori de Aracataca, que estará abriendo sus puertas el próximo lunes. Niños, no me fallen. Espero verlos en clase, ya que voy a ser su maestra —dijo con emoción.

—Aparte de nuestra reina, Rosa es la más bella

maestra del mundo —interrumpió el alcalde.

De nuevo estallaron los aplausos y el público empezó a cantar un tema musical de moda con lo que dio comienzo la fiesta. A corta distancia, muy cerca de la tarima, doña Rosa se secaba el sudor con un pañuelo de encaje mientras, rebosante de orgullo, miraba la escena y las hermanas de la joven debutante se acercaban a abrazar a la nueva Reina del Carnaval.

La banda seguía tocando mientras el cielo comenzó a cubrirse con un manto gris, espeso como el humo. “Va a llover”, pronosticó el alcalde. Sin desanimarse, la gente empezó a gritar a coro: “Que llueva, que llueva, que ahora hay que bailar, que caiga más la lluvia para poder *gozaaaaá*”. Los goterones no se hicieron esperar, cayendo traviesamente sobre la concurrencia, que no se movió de donde estaba. Felices y mojados, todos siguieron bailando por horas hasta que la ropa se secó sobre los cuerpos bullangueros que interrumpían únicamente la fiesta para beber ron blanco y limonada; o para comer chicharrones y arepas que algunas vendedoras traían en bandejas y que los asistentes devoraron hasta la madrugada.

De mediana estatura, postura erguida y una sonrisa capaz de hacer brotar una flor en el desierto, la Reina del Carnaval proyectaba una gran seguridad en sí misma. Sabía que la corona que llevaba sobre su cabeza significaba una gran responsabilidad como representante de la belleza y las virtudes de las mujeres de la región. Por ser la segunda vez que la coronaban conocía los deberes de su investidura, así que repartió sonrisas, fue cariñosa con los niños y los ancianos, mantuvo a distancia el séquito de galanes que la pretendían y de nuevo repitió la hazaña de bailar hasta que se le gastaron las suelas de los zapatos.